

LAS CUATRO INCÓGNITAS DE PILAR GÓMEZ COSSÍO

Galería May Moré
General Pardiñas, 50. Madrid
Hasta el 4 de abril.
De 40.000 a 700.000 pesetas

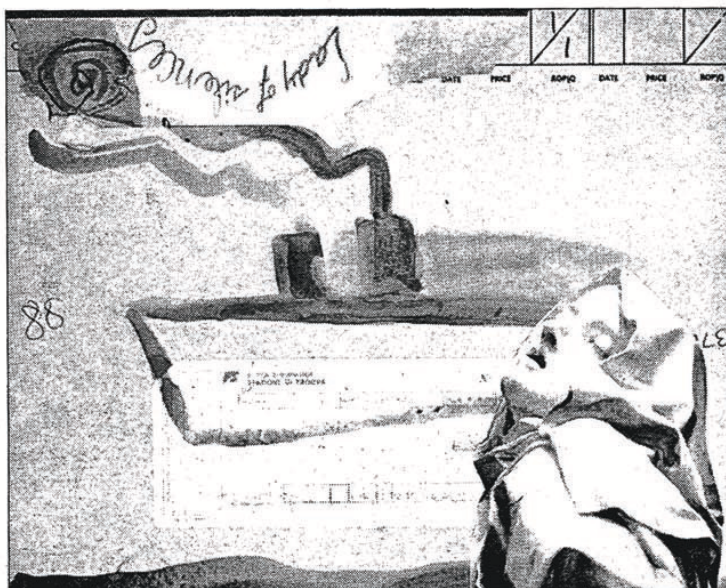
CUATRO elementos —un billete de tren, un busto de Santa Teresa, un instrumento de viento, unos pasos perdidos— son suficientes para mostrar un paisaje desconocido, un lugar nunca visto. Ese corte transversal y automático sobre la realidad objetiva, ese trabajo de combinación y yuxtaposición de imágenes y de fragmentos, ha sido reconocido por el surrealismo en términos de mediación con las fuerzas ocultas del subconsciente, con las potencias simbólicas capaces de revelar la estructura profunda del azar y captar su resonancia. Para poetas como Octavio Paz o Robert Duncan, el colage constituye no sólo un procedimiento idóneo para reflejar la movilidad y simultaneidad contemporáneas, sino el discurso más significativo del siglo XX. Puesto que las posibilidades de colocar unas cosas al lado de otras —en buena vecindad, preferiblemente—, son ilimitadas, todo tipo de

ecuaciones, mensajes, lances, señales, secuencias y atisbos se barajan y funden en ese viaje inefable hacia el corazón del tiempo. Cada hoja del calendario acarrea y pone en rotación un sinfín de intersecciones, transbordos, escalas, destinos y nuevos puntos de partida. La técnica del montaje construye con esa desmesura un

*«Un pasaje a Turín,
una clave melódica,
un paseante solitario,
un éxtasis agónico.
Cuatro incógnitas
bastan para plantear
el enigma»*

patrón esencial, una frase concisa. Equiparable al género aforístico dentro de las artes plásticas, un telegrama para transmitir el hallazgo; un simple billete, un leve roce, para comunicar el asombro, para imantar la brújula de la fantasía.

Agrimensor inagotable del mundo, el colage no obedece a necesidades lógicas, sino a premisas afectivas, derivas insensatas, sagrados abandonos. Su nunca desfalleciente capacidad de búsqueda, su desbocada lentitud, su travieso humor —pariente del cadáver exquisito—, le permiten abrirse camino en pos de esplendores sin nombre, visiones fugaces, islotes perdidos y hallados en el confín de lo maravilloso. Una nube de humo, un ribete de espuma, condensan el significado final, la partitura última: nuestra condición primordial de viajeros, de seres en tránsito. Un pasaje a Turín, una clave melódica, un paseante solitario, un éxtasis agónico. Cuatro incógnitas bastan para plantear el enigma.



«Lady of silences». Colage

José Luis GALLERO

MONTAÑO, PINTOR Y ESCULTOR

Galería Raquel Ponce
General Pardiñas, 35. Madrid
Hasta el 8 de marzo
De 37.000 a 700.000 pesetas

CARLOS Montaña es pintor cuando pinta y es escultor cuando modela. Me parece que comenzar un comentario sobre este artista con tal perogrullada es necesario, por mucho que me arriesgue a que alguien no haya pasado en su lectura más allá de tal sandez. Para aquellos que aún me estén prestando atención, diré que la necesidad de afirmar esto viene dictada hoy en día por dos cosas: una,

«Carlos Montaña tiene bien diferenciadas su capacidades, y se demuestra en esta exposición. Es pintor cuando pinta y escultor cuando modela»

por la «invasión» de unos campos artísticos por otros; otra, por el deseo de destacar cuanto antes que Montaña tiene bien diferenciadas sus capacidades y que no es un pintor que de vez en cuando pinta sus cuadros en tres dimensiones reales o modela sus esculturas sobre un plano. La exposición que actualmente exhibe deja bien claras ambas cosas. Montaña (Sevilla, 1957) se mueve dentro de la figuración tanto en un campo como en el otro, y su calidad es buena en ambos. Entre otras cosas destacables, este artista tiene el interés que tienen las cosas de la vida que no acaban de desvelarse: que te incitan, que te invitan, que aparentemente te franquean todas las puertas pero que, al final, te indican que permanezcas en el umbral de sus significados para que puedas apreciar únicamente su resonancia y no para que razones su médula y disecciones sus esencias. Y no es un afán de hermetismo ni de juego críptico a ultranza lo que provoca tal situación: es la pertenencia a una estirpe determinada frecuentadora de la búsqueda y del secreto que subyace en toda realidad lo que hace que Montaña suscite tales sensaciones, respetos y obediencias en mí.—**C. P.**

J. L. TIRADO

Galería Astarté
Monte Esquinza, 8. Madrid
Hasta el 3 de marzo
De 15.000 a 150.000 pesetas

LOS materiales con los que están construidas las esculturas de José Luis Tirado (Sevilla, 1954) son la madera, el hierro y la piedra, presididas por un afán sintético y una conciencia formal de raíz giacomettiana. Los títulos de estas piezas hablan de clasicismo («El Paseo», «El beso», «Autorretrato», «Maternidad», «El saludo» y «Hombre con gato», entre otros), pero su solución plástica está situada entre el organicismo y la abstracción. El hierro y la madera son los elementos complementarios, imbricados en la composición como fragmentos secundarios, porque son las piedras las que ostentan el carácter de objetos simbólicos medulares, tanto «per se» como en su relación con aquellos. Hay un trabajo de significación gestual en estas obras que buscan las curvas, las dimensiones filiformes, la dualidad de lo que tiende al horizonte y lo abarcable.—**C. G.-O.**